

En las trincheras inglesas.

Si los oficiales ingleses han querido dar a mis compañeros una idea exacta de los horrores macabros de la guerra moderna, es indudable que no podían escoger con mayor tino ni el sitio, ni el día, ni la hora. Desde el alto mirador en el cual nos encontramos después de una ascensión penosa por ramales llenos de lodo, vemos, gracias a la claridad de la mañana primaveral, un panorama fantástico de iglesias incendiadas, de aldeas en ruinas, de campos desiertos, de bosques talados. En las laderas que descienden hacia Ablain Saint-Nazaire, y que en otro tiempo eran el jardín del Artois, las flores silvestres han sido reemplazadas por rústicas cruces. Como Atila, el guerrero de nuestra época siembra la desolación por donde pasa. Una de las acciones de este sector se llama *el asalto del cementerio de Carency*. En realidad, toda la comarca es un cementerio desde el mes de mayo del año pasado. En la cima estrecha de Nuestra Señora de Loreto, donde ahora nos hallamos, hay 6.000 alemanes enterrados. Y como las lluvias tenaces del Norte remueven sin cesar el barro de las alturas, no es raro encontrar cadáveres que se salen de sus fosas poco profundas. Un día, en invierno, los soldados contaron doce apariciones de éstas. Nosotros, más modestos, no hemos encontrado sino una, pero una horrible, car-

comida, vercosa, cubierta de harapos grises, con las órbitas vacías y la boca sin labios. ¡Ah, la macabra, la obsesionante visión! Hasta los militares que más familiarizados están con la muerte, se asustan cuando la ven así, dolorosa y grotesca a la par. Lo que hay de sagrado en la idea del sepulcro, se desvanece ante el espectáculo angustioso de las calaveras que ríen de un modo atroz, que ríen siempre con sus dientes crispados.

*
**

Nuestro guía nos ofrece un *tour* de horizonte amenizado por el recuerdo de las grandes batallas del Artois.

— Aquí, a nuestros pies — nos dice — está Ablain Saint-Nazaire... ¿Ven ustedes los techos?... La iglesia en ruinas fué un templo famoso... Hacia la izquierda, hay un montón de escombros, aislado en el campo: es la Azucarera de Souchez, donde los alemanes se defendieron durante una semana peleando cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, a cuchillo, a mordiscos... Más lejos está Souchez mismo. ¿Ven ustedes?... De ese pueblo que era el más bello, el más risueño, el más pintoresco de la comarca, no queda ni una tapia... Los cañones lo han reducido a polvo... Carency, de trágica memoria, está muy cerca..., allá... Sólo que como tampoco queda una sola de sus casas, ni uno solo de sus árboles, no se ve... Es aquel campo de escombros rojizos... Ahí la batalla fué tan espantosa, que hasta el río ha desaparecido... Sí... Parece una broma, pero es cierto... Al remover el terreno cual un cataclismo, la melinita desquició el lecho del río, y las aguas se desbordaron por el valle formando un vasto pantano...

Después de contemplar un largo rato en silencio el

panorama desolado, nuestro guía murmura con un tono singular, en el que no se sabe si hay algo que quiere ser una excusa ante tanta barbarie:

— Aquí nosotros no tomamos parte en la batalla... La pelea fué entre alemanes y franceses... Las trincheras en que nos encontramos fueron construídas por los alemanes, que permanecieron en ellas hasta mayo de 1915... Luego los franceses las ocuparon hasta hace poco... Nosotros no llevamos aquí sino algunos meses...

Estos meses, que, si no me equivoco, son tres, han bastado para que el famoso sector de Notre Dame cambie por completo de aspecto.

— Usted conoce ya esto, ¿no es verdad? — preguntábame hace pocas horas en la aldea de Ablain mi gran amigo Valdeiglesias.

Y en efecto, lo conozco.

*
**

Pero no lo renonozco. Los rótulos en inglés, las barras blancas, la gravedad silenciosa de los soldados, la elegancia de los oficiales, todo, en fin, me parece nuevo, casi extraño. Y comparándolo con el desorden ruidoso que vi a fines del año pasado, cuando de la tierra subía aún un acre olor a pólvora y a sangre; cuando los techos incendiados humeaban aún; cuando los conquistadores de Carency no habían aún tenido tiempo para sacudirse el polvo del combate, la metódica corrección que hoy aparece por todas partes me sorprende como un fenómeno inesperado. Todo es hoy más limpio, más cómodo, más confortable. Para reemplazar las tejas pulverizadas por la metralla, la Intendencia británica ha traído láminas de cinc, y para que Tommy no se queje de in-

comodidades indignas de su estirpe, las damas de Londres han establecido casinos de campaña entre las ruinas. Hay rótulos que indican los lugares en los cuales pueden satisfacerse toda clase de necesidades. Hay camas, hay mesas, hay sillas, hay cocinas, hay refectorios. Hasta fonógrafos hay.

El capitán que nos recibe en su estancia, exclamando: «¡Un paraíso bajo la metralla!» Y yo le digo: «Un paraíso, realmente, comparado a lo que era hace ocho meses.» Y al mismo tiempo pienso con nostalgia en aquel día brumoso, frío, triste, en que un viejo coronel de cazadores salió a nuestro encuentro en este mismo sitio, y con maneras bruscas nos invitó a entrar en su cueva, donde no había sino unas cuantas cajas vacías para sentarse. «A la guerre comme à la guerre», exclamaba atusándose sus hermosos bigotes blancos. Y nos contaba anécdotas terribles sazonadas con bromas rabelaisianas. Y nos ofrecía, en tazas de barro, el café que su asistente acababa de calentar en un hornillo. Y cuando nos presentaba a alguno de sus oficiales, decía, dándole palmadas en el hombro: «Cet enfant est un vrai poilu...» Y, ¡ay!, ahora en la radiante alegría de la primavera, en un saloncillo bien amueblado, entre militares muy finos, muy obsequiosos, pero algo «distantes», algo ceremoniosos, ingleses, en fin, siento más frío que en aquel antro húmedo donde la gentil cordialidad de los franceses nos hizo sentir la grandeza de la vida militar, con sus privaciones risueñas, con su estoicismo alegre, con su heroísmo humilde, con su espíritu generoso y fraternal.

*
**

En las trincheras de Nuestra Señora de Loreto, los buenos Tommys se hacen invisibles. Hay, según parece, en cada sector el mismo número de soldados que tres meses há, cuando eran los «peludos» quienes los ocupaban. Pero no sé si es porque el color kaki se confunde con el matiz pardo de la tierra, o si es porque estos guerreros ultramarinos se esconden en los nichos laterales, o si es por un milagro táctico, lo cierto es que casi no vemos un alma. Al pie de las troneras, los centinelas aparecen inmóviles como figuras de bronce. En los puestos de observación, un oficial, acompañado por un sargento, toma notas en un cuadernito. Junto a las ametralladoras, en fin, algunos artilleros esperan sin impaciencia el instante de darle vueltas a sus manubrios diabólicos. En los ramales no hay sino silencio y soledad.

*
**

El capitán a quien le comunico mis observaciones me contesta:

—Ya los vería usted aparecer en el acto, si el jefe diera un silbido...

Luego agrega, señalándonos de nuevo los campos que extienden a nuestros pies sus ruinas:

—Aquí lo interesante es el panorama de la guerra de artillería... Allá en Carency fué donde por primera vez se demostró lo que puede el tiro de los grandes cañones cuando concentran su fuego en un espacio determinado... No queda una casa, no queda un muro, no queda un sótano... Los abrigos contruídos por los alemanes según las reglas más modernas, saltaron, hechos añicos, como castillos de naipes... La única palabra exac-

ta, para dar una idea de lo que fué aquel bombardeo, es barrer. Los proyectiles barrían las construcciones, literalmente, lo mismo que si hubieran sido basuras... Las granjas, las chozas, las iglesias, todo iba rodando, hacia el Norte, en montones monstruosos...

— ¿Lo vió usted? — le pregunto.

— No — me responde—. Ya usted sabe que ésta era una zona francesa. Yo no vine aquí sino cuando la batalla de Verdun había ya desplazado el sitio de los combates...

— Yo — le digo con orgullo — estuve aquí cuando todavía no se había enterrado a los muertos. Yo he estado en Carency...

— Entonces usted podrá decir si exagero...

— No exagera usted, no... Los alemanes mismos, cuando hablan de Souchez y de Carency, confiesan que aquello fué un infierno... Pero como todo es relativo, los que ahora vuelven de Verdun no pueden dejar de sonreír pensando en la insignificancia de las batallas del Artois...

Visiones de Flandes.

Con gentil condescendencia, nuestro capitán nos permite detenernos algunos instantes en las ciudades que nos interesan, sin tratar de convencernos, como muchos de sus compañeros, de que fuera de los reductos fortificados y de los lugares bombardeados, no hay nada interesante en estas comarcas. «Puesto que tenéis la manía de quedaros boquiabiertos ante las casas viejas — parece pensar —, no quiero contrariaros.» Y en su gran cortesía, hasta trata de excusarnos diciendo:

— Estos pueblos por los cuales pasaron los alemanes a fines de 1914, ofrecen, gracias a la guerra, una animación extraordinaria.

En efecto: las villas más desiertas y más muertas de Flandes, las que antes de la tragedia llevaban una existencia de beato silencio a la sombra de sus iglesias ennegrecidas por los siglos, palpitan ahora con una intensa vitalidad. La influencia inglesa las ha transformado sin deformarlas. En los escaparates, que antes no ostentaban sino objetos de uso provinciano, amóntanse, entre arreos bélicos y artículos de *sport*, las botellas de gin y los frascos de agua de Colonia. Un fuerte olor de tabaco rubio y de cuero nuevo flota en el ambiente, antaño sólo saturado de aromas y de incienso. Las viejecitas que empleaban sus existencias silencio-

sas en tejer sin prisas vanas una interminable tira de encaje, se consagran desde hace cerca de dos años a coser camisas de soldados. En las tabernas, ya no son los buenos burgueses los que discuten sobre los conflictos entre el señor cura y el señor alcalde, sino los bravos Tommys los que se juegan sus pagas.

Para que no tardemos mucho en volver a los automóviles, el capitán nos dice siempre :

— En el fondo, todos estos pueblos son iguales, y con ver uno basta...

*
* *

Pero no es cierto. Cada uno de ellos, por el contrario, conserva, a pesar de su barniz guerrero de color kaki, un carácter peculiar de vetustez finamente patinada. En cada uno de ellos podríamos permanecer largo tiempo admirando las nobles piedras que con tanta elocuencia hablan de las hazañas españolas de otro tiempo. Cada uno de ellos merecería, a pesar de su obscuridad, que los artistas lo visitaran a menudo.

— ¿Ha oído usted hablar de Aire? — le pregunto a uno de mis compañeros.

— No — me contesta.

Y con extrañeza repite :

— Aire..., Aire... ¿Dónde se encuentra?...

— Aquí mismo. Pídale a nuestro tirano que nos deje apearnos, y verá usted una de las ciudades más bellas del Artois... Yo ya no me atrevo.

El capitán sonríe y consiente en hacer apagar los motores, no sin decirme que en este pueblo no hay nada. Para excusarme, le recuerdo que fué aquí donde, después de largas negociaciones, el clero flamenco consin-

tió en cortar en dos pedazos la cabeza de Santiago, patrón de las Españas.

— Usted ve a España en todas partes — murmura con suave ironía.

Y es cierto. Es mi manía. Pero ¿cómo defenderme contra ella, cuando me hallo en una región que tan piadosamente ha conservado las huellas de los tercios flamencos?... Muchos años esta población fué española, y hoy mismo, sus edificios más ilustres se llaman, en lenguaje de *cicerone*, *les maisons espagnoles*. Y *maison* no significa casa, sino mansión, es decir, hogar municipal, hotel de colectividades, centro de esfuerzos y de glorias locales. He aquí, por ejemplo, la *maison du Brasseur*, con sus esculturas simbólicas, con su pórtico cincelado, con sus cornisas caladas. En cualquier parte, tal edificio sería un monumento histórico. Aquí no pasa de ser una casa, una casa española. Y no es la única. En nuestro paseo rápido encontramos fachadas que nos sorprenden por su grandeza armoniosa y que, según nos dicen, son también *maisons espagnoles*, nada más, viejas *maisons* que inspiran respeto a los habitantes, indudablemente, pero que no se les figuran dignas de que los viajeros se paren ante ellas llenos de admiración. Para los aireses, hay que ver primero San Pedro, luego el Cuerpo de Guardia, y nada más. Nosotros comenzamos por el Cuerpo de Guardia, que es una joya hispanoflamenca tan pura, tan exquisita y tan elegante como los más ilustres ejemplares de Bruselas o de Arras. «C'est un edifice fort mignon», escribe un cronista del siglo xvii. Y realmente, «miñón» es, muy «miñón» y muy coqueto, con su logia sostenida por una esbelta columnata, con sus frisos floridos, con sus ventanales cruciformes, con sus aéreas cresterías... Sólo que en esta *mignardise* hay una

grandeza sobria y pura que no sugiere, como las construcciones galantes del siglo XVIII, ideas voluptuosas, sino que hace pensar en la existencia patética del tiempo de la princesa Isabel.

San Pedro, anterior a la dominación española, resulta, no obstante, la iglesia más española de Francia. No me refiero a su arquitectura escueta, sino a sus adornos interiores: ¡Ah, la extraña sorpresa en un país donde la penumbra y el buen gusto son de rigor litúrgico! Los muros, las bóvedas, los pilares, todo está cubierto de pinturas brillantes, de imágenes policromas, de exvotosuntuosos. Todo choca, según dicen los cristianos de Francia. Todo nos seduce a nosotros, que encontramos en tal derroche de lujo algo sacrílego, el ingenuo carácter de idolatría que convierte los santuarios andaluces en *boudoirs* de santas voluptuosidades.

*
**

En el camino de Loos vemos una magnífica torre gótica que nos obliga a detenernos de nuevo.

— Es Lilliers nos dice nuestro capitán, con un tono algo desdeñoso.

Y notando que estamos dispuestos a apearnos, nos ofrece enseñarnos el primer pozo artesiano que fué abierto en Europa y que aun se halla en actividad, en el patio de un convento de este pueblo. Pero nosotros nos contentamos con ir hasta Nuestra Señora por callejuelas silenciosas.

— Lo que hay que ver — me permito decirle — es la iglesia, la gran iglesia del siglo XII, en la cual se encuentra el Cristo milagroso que tantas devociones y tantas cavilaciones inspiró a Felipe II... ¿No recuerda usted,

capitán? Cuando el rey católico se encontraba muy cerca de aquí, en Bavay, un hugonote disparó su arcabuz contra el Cristo de Lilliers. «Y de la herida manó sangre en abundancia», dice la crónica.

El marqués de Valdeiglesias saca su cuadernito del bolsillo, y antes de tomar nota de mis palabras me pregunta algo inquieto:

— ¿Es verdad eso?...

— Ya se lo repetirá a usted el sacristán — le digo.

Pero, por desgracia, el templo está cerrado y tenemos que continuar nuestro camino sin poder contemplar la santa llaga.

Pocos minutos después, divisando a lo lejos la flecha de una atalaya, nuestro guía exclama:

— ¡Bethune!

*
**

Y yo evoco el recuerdo de otro viaje menos pintoresco y más tranquilo, que me permitió pasar algunas horas en esa ciudad, hace muchos años, cierta tarde de otoño... Una lluvia fina y gris envolvía los contornos de los edificios en un velo misterioso. Las calles estaban desiertas y, sin embargo, en el aire flotaba una animación musical llena de vida, llena de alegría. ¿Eran las campanas del *carillon* que desgranaban, de cuarto en cuarto de hora, sus seculares armonías?... ¿Era el rumor que salía de los cafés llenos de gente?... ¿Era el murmullo laborioso de las fábricas?... No lo sé. Pero aquella impresión de un pueblo muy vivo y muy activo en el cual no se veía un alma, me ha quedado siempre grabado en la memoria como una aventura fantástica. Había voces, había aleteos, había risas, había regocijo entre la bru-

ma. Y por más que yo andaba por las calles, no encontraba a un solo ser humano. En la plaza principal, el Beffroy, con su torre enorme, cuya cima perdíase entre las nubes bajas, tomaba, a mi vista, aspectos extraños de castillo encantado. Detrás del Beffroy, la torre cuadrada de Saint-Vaast, con las luces que iluminaban sus ojivas, era como una nave perdida en el mar. Yo no distinguía, sino de un modo confuso, las líneas de las arquitecturas flamencas, las escalinatas aéreas de los pórticos, los salidizos ligeros de los balcones, las columnatas bajas de las arcadas, las galerías grises de los monumentos municipales. Y tal vez por lo mismo que aquella visión era tan vaga, dejéme en el espíritu una imagen que resucita ahora con tonos de ensueño, haciéndome gozar, de antemano, del placer de un retorno inesperado.

— Bethune — repite nuestro guía cuando los automóviles se detienen...

Y veo de nuevo el Beffroy, veo la torre de Saint-Vaast, veo las casas flamencas, veo las calles estrechas... Pero nada me parece lo mismo que había visto hace años... Nada... Los soldados ingleses se pasean, en grupos, siempre lentos, siempre impasibles... Las tiendas están llenas de compradores... En el espacio claro, las campanas del *carillon* cantan las horas... La vida, una vida intensa y práctica, anima la ciudad... Y mientras mis compañeros se extasían ante las soberbias arquitecturas medievales de la gran plaza, yo me pregunto por qué he cometido la locura de venir a perder así, comparándolo con la realidad, un recuerdo que era un ensueño...

*
* *

El personaje más popular de Bethune se llama *Guignol*. «Nuestro héroe, nuestro maestro», dice la gente con ternura. Y cuando pasa por las calles, moviendo la cola, todo el mundo le ofrece terrones de azúcar... Porque *Guignol* es un perro, un perro blanco, con un nóculo negro en el ojo izquierdo; un pacífico perro que, antes de la guerra, no sabía ni cazar, ni morder, ni casi ladrar. ¡Qué digo! Sus compañeros los canes lujosos de razas escandinavas o alemanas, lo asustaban con sólo enseñarle los dientes, y su amo, cuando le veía esconderse entre sus piernas para huir de conflictos inútiles, provocados, en general, por un vecino malhumorado y corpulento, solía reírse de su prudencia. «Este *Guignol* — decía — es un señor que no quiere historias.» Y, realmente, no las quería. ¿Para qué, puesto que su existencia era confortable bajo los manzanos de su jardín? Alegremente, cumpliendo con su deber de un modo estricto, vivía tranquilo y no pensaba en la guerra. Pero la guerra estalló un día, sin que él pudiera evitarla, y entonces, como por encanto, su alma cambió de pronto. La primera granada que cayó en la plaza principal, le hirió una pata. Su dueño llevólo a casa del farmacéutico, y después de hacerlo curar, preguntó: «¿Cuánto debo?» A lo cual el farmacéutico contestó: «Las heridas de guerra se vendan gratis.» Una vez bautizado por el fuego, *Guignol* no quiso volver a su hogar. ¡Oh, no! Siempre en la calle, corría hacia los lugares donde mayor era el peligro, y cuando veía caer una bomba, precipitábase sobre ella ladrando, sin miedo de la muerte.

— Es un perro simbólico, que debiera llamarse *France*, lo mismo que el gran Anatole — dice el marqués de Valdeiglesias.

— ¡Es cómicol — exclama nuestro capitán.

Todo tiene algo de cómico, efectivamente, en la tragedia de Bethune. Allá, a fines de 1914, cuando las tropas inglesas llegaron aquí, el general publicó una orden del día recomendando a sus hombres que tuvieran mucho cuidado con los espías. En el acto, el miedo al espionaje convirtiéndose en una obsesión. Los que tenían una barba rubia, o una barriga un poco abultada, o unas gafas de oro, parecían sospechosos. Un gendarme francés fué arrestado por un grupo de escoceses a causa de su cara de flamenco rubicundo.

— Pero lo más extraordinario — nos dice el amo de *Guignol* — es la aventura de M. Chancler, procurador de la República y jefe de la magistratura local. Este buen fiscal tuvo una mañana el capricho inocente de salir a la puerta de su casa para observar el cielo. Una patrulla inglesa acércose a él, y le preguntó: «¿Qué mira usted en las nubes?» «Trato de ver si lloverá o no lloverá.» La respuesta pareció poco satisfactoria a nuestros aliados, y M. Chancler fué detenido y conducido al Cuerpo de guardia, donde pasó todo el día prisionero.

Cuando Bethune se hallaba aún indefenso, antes de la llegada de los ingleses, los alemanes decidieron apoderarse de ella y saquearla. Sus habitantes, que sabían la importancia de las tropas enemigas reunidas en Couture, a poca distancia, creíanse ya perdidos, y se preparaban a emigrar. Pero las autoridades no eran partidarias del éxodo, y trataron de convencer a todo el mundo de que no había peligro ninguno. Cierta tarde, cuando el subprefecto tomaba su aperitivo en un café lleno de gente, una bomba estalló en una calle cercana. Luego se oyó un galope de caballos. «¡Los prusianos!», gritó un gendarme. Todo el mundo volvióse hacia el representante del Gobierno preguntándole: «¿Qué va usted

a hacer?» «Yo — contestó el funcionario — pues tomar otro vermouth.» Al mismo tiempo, el alcalde salía al encuentro de los invasores, que no eran sino cincuenta ulanos mandados por un teniente. «Señores — les dijo —, apéense ustedes y vengan a tomar una copa de champagne.» El oficial vaciló algunos instantes. «¿Tiene usted miedo?», preguntóle M. Rinquin. Sin decir una palabra, el alemán dió un salto y penetró en la casa municipal, donde no encontró sino unos cuantos empleados viejos que colocaban sobre una mesa diez o doce cestas llenas de botellas. «Llame usted a mis hombres», ordenó el militar al alcalde. «Llámelos usted mismo.» Los cincuenta prusianos entraron y bebieron.

— ¡Cómo bebieron! — exclama el amo de *Guignol*.

— ¿Y después? — le pregunto.

— Después — me responde — se quedaron dormidos en el suelo, hasta que el alcalde fué a despertarlos, asegurándoles que las tropas inglesas comenzaban a penetrar en la población. Al oírle, salieron corriendo y no volvieron nunca más a asomarse por aquí...

El buen flamenco que nos cuenta estas historias ríe a carcajadas. Nosotros también reímos. Todo ríe en Béthune (1).

*
**

(1) Todo... menos el señor alcalde, que, después de haber protestado en la prensa de París contra el tono ligero de mis impresiones, me dirige el siguiente relato de la ocupación alemana de Béthune: «Ainsi qu'il résulte des notes personnelles du maire de Béthune, et des renseignements qu'il a pu recueillir par la suite voici dans quelles circonstances se sont produites les incursions de patrouilles allemandes dans la ville de Béthune.

»Dans la nuit du 3 au 4 septembre 1914, une patrouille de Hussards de la Mort se dirigeant vers Béthune par la route de La Bassée,

El marqués de Valdeiglesias nos había dicho ayer, cuando tomábamos el te en un campamento inglés :

— Es la guerra aristocrática.

rencontre une voiture de place vide, conduite par un tout jeune homme. Le chef de la patrouille allemande demande au conducteur s'il connaît la maison du maire de Béthune. Sur la réponse affirmative, l'officier allemand lui dit : «Eh bien!, conduisez nous.»

»Encadré par cet officier et ses six hommes, le jeune homme obéit et mène la patrouille vers Béthune. Il ne s'arrête que devant la maison du maire. Il était alors 10^h, 45 du soir.

»Le maire était dans sa chambre à coucher. Il entend un coup de sonnette, ouvre la croisée. L'officier demande :

«Est ce ici, maison maire? — Qui, lui est il répondu. — Moi, désire »vous parler.—Bien, attendez, je descends.»

»Sur le seuil de la porte, au salut de l'officier, le maire reconnaît qu'il a devant lui des allemands. L'officier et l'un de ses hommes en armes entrent dans le bureau du Maire. L'officier allemand ne parle que par monosyllabes, il a peine à traduire sa pensée en français, ce qui donne de la facilité au maire pour ne répondre qu'après réflexions.

»D'abord, l'officier s'excuse de déranger le maire à une heure aussi avancée, mais, dit il, j'ai une mission à remplir et vais vous poser quelques questions. A partir de ce moment, le maire se tient sur ses gardes. Quelques jours auparavant le fils du maire d'une importante ville du Nord envahi, l'avait mis au courant des exigences des allemands à leur arrivée; la leçon venait à propos. Aux différentes questions posées par l'officier, le maire répond sans hésitation. Entre autres choses, il dit que les trois casernes sont vides, que les deux brigades de gendarmerie sont parties, enfin que la patrouille se trouve dans une ville ouverte. Le chef de la patrouille s'informe aussi de l'esprit de la population, du nombre des habitants et de leur situation au point de vue de leur richesse. Cette dernière question est pour le maire la plus délicate, car il sait que les allemands ont prélevé dans les autres villes où ils ont passé, de larges contributions de guerre. Il veut absolument éviter cette contribution à la population béthunoise et il y réussit.

»L'officier allemand prend note de toutes les réponses du maire. L'interrogatoire terminé, le maire est invité à procurer un logement

Hoy en Bailleul, viendo la animación de la plaza principal, exclama :

— Es la guerra alegre.

pour l'officier et ses hommes et un gîte pour les chevaux, puis à réquisitionner une automobile, l'officier désirant, accompagné seulement d'un de ses hommes faire un voyage au cours de cette même nuit. Il eut soin de ne donner aucune autre indication.

»La patrouille allemande part vers 11^h 1/2. Le maire sort avec les allemands et les conduit dans un restaurant tout proche, ou un modeste repas est commandé.

»Pendant qu'on le prépare, l'officier manifeste l'intention de rédiger son rapport après avoir recommandé à la hôtesse de mettre un couvert pour le maire, à coté du sien, les hommes devant manger à la cuisine. Entre temps, après avoir préalablement averti l'officier allemand, le maire va chez lui prendre du papier d'un format suffisant pour que le chef de patrouille puisse y rédiger son rapport. Mais avant de rentrer chez lui, le maire sonne à la porte d'un voisin, ami du sous-préfet et le prie d'avertir celui-ci de ce qui se passe. Naturellement le sous-préfet n'ayant aucune raison de se montrer, reste chez lui.

»A minuit et demi, les allemands peuvent se mettre à table et se restaurer avec une modeste omelette au jambon. L'officier a commandé une bouteille de vin ordinaire, une bouteille de Vichy source Célestins.

»Pendant le repas, l'officier allemand parle beaucoup de la Belgique, du mauvais esprit de ses habitants, des Anglais que les allemands n'aiment pas. Il dit même que deux peuples comme les français et les allemands sont faits pour s'entendre et ne pas se faire la guerre, que son empereur n'a pas voulu la guerre, mais qu'il y a été forcé par son entourage militaire, etc., etc.

»Après le dessert très frugal (un morceau de fromage, du beurre et un biscuit) l'officier offre au maire d'accepter un verre de champagne, du Moët.

»On prend donc une flûte de champagne, mais rien qu'une car l'officier se hate de dire à l'hôtesse : «Dame, mettez bouchon, moi »boirai reste aujourd'hui.»

»L'auto réquisitionnée était venue, pendant le repas, se ranger devant la porte du restaurant. Aussitôt le repas terminé, l'officier se dis-

Y, a fe mía, tiene razón. Estas ciudades que casi se encuentran en la línea de fuego y sobre las cuales los *tauben* dejan caer a cada instante sus bombas incendia-

posa à partir, mais auparavant le maire avait pu faire, en cachette ses recommandations au conducteur, lui disant surtout de ne donner aucune enseignement, en alléguant qu'il ne comprenait pas.

»L'auto partit, et c'est l'officier qui, après avoir quitté le maire à deux heures du matin, indiqua au conducteur la route de Lille. Il resta 35 minutes à la Préfecture de cette ville où se tenait la «Kommandantur». A sa sortie, il ordonna au conducteur: «Retournons à Béthune.»

»Il fut de retour à 5 heures du matin, fit lever ses hommes et se disposa à partir de nouveau avec eux. Mais, avant son départ il voulut payer les frais du repas et demanda à l'hôtesse combien il lui devait. Celle-ci qui avait été stylée par le maire répondit: «Rien.» L'officier insista et paya.

»A sept heures moins vingt minutes, la patrouille quitta Béthune en passant sur la place où se trouve la maison du maire. Celui-ci entendant le bruit des chevaux, se mit à sa fenêtre et vit l'officier, à cheval, s'avancer à dix mètres de lui et lui dire en le saluant à l'allemande: «Partons, au revoir meilleurs jours, merci.»

»Sans demander sa route, la patrouille se dirigea vers le hameau de Gorre, commune de Beuvry, où elle rencontra deux autres patrouilles. Après un échange de conversations, chacun des groupes prit sa direction.

»Le maire se croyait libéré des allemands, lorsque le dimanche 6 septembre 1914, à deux heures de l'après midi, il vit arriver chez lui, accompagné d'un fantassin en armes le même officier qui venait l'inviter à prendre le café à «l'Hôtel de France» afin de lui «présenter» deux autres officiers: un lieutenant et un sous lieutenant.

»Je suis monté en grade, dit l'officier au maire, et j'ai changé de compagnie, vous voyez ces hommes font partie du 55^e d'infanterie.

»Le lieutenant présenté au maire parlait bien le français et dans la conversation, tout en restant poli, il avait des allusions ironiques sur ce que nous, français, nous pensions des allemands. Il y avait dans cette seconde patrouille 3 officiers, 8 hommes, 2 autos dont les chauffeurs étaient de Lens (un français, un belge dont l'officier allemand se défiait).

rias, han aprendido poco a poco a reír bajo la metralla y hasta a reírse de la metralla. Los que conocían en tiempos normales las apacibles tierras flamencas, labo-

»Après le café, le commandant resta seul avec le maire, et, en l'absence de toute autre personne, lui dit: «Moi, étonné revenir Béthune, moi, fait bon rapport sur esprit population et maire. Mais, général dit à moi: retournez Béthune, esprit changé, et voyez plus loin.» Le maire n'eut pas grand argument à faire valoir. Il assura l'officier que depuis 48 heures, les habitants étaient aussi calmes qu'avant sa première visite. L'officier parut le croire.

»En quittant Béthune, la patrouille prit la route de Lillers et Aire sur la Lys.

»Le même jour, à 4 heures de l'après-midi, une autre patrouille allemande vint à la Mairie demander le maire qui venait justement de quitter la précédente. Etant donc absent, le maire fut remplacé par le commissaire de Police, qui accompagna les allemands à la prison cellulaire. Cette seconde patrouille recheachait un prisonnier de marque, allemand, qu'elle croyait interné à Béthune. Il n'en était rien.

»Enfin, antérieurement à ces deux patrouilles, une autre venant d'Arras, était entrée dans un faubourg de Béthune, où elle avait rencontré quatre gendarmes, venus en bicyclettes d'une commune voisine. Les allemands avaient fait monter trois de ces gendarmes dans leur auto, le quatrième avait fui. Puis l'automobile allemande s'était dirigée vers Arras.

»L'impression du maire, en rapprochant tous ces faits et la conversation qu'il a eue avec l'officier de Hussards de la Mort, est qu'il a eu affaire à un homme intelligent (ou peut être habile), de bonne éducation — contrairement à ses compatriotes prussiens — et qui pourrait être dans la vie civile (car il était dissait-il officier volontaire habitant la Hollande, venu pour répondre à l'orden de «son» empereur) ou un grand industriel, ou un ingénieur ou directeur d'une grosse affaire commerciale ou industrielle.

»Il résulte aussi que les habitants de Béthune, sont reconnaissants envers leur maire, d'avoir su, dans une situation très critique, leur éviter, par son sang-froid et sa présence d'esprit, une contribution de guerre et des incidents qui auraient pu amener une occupation

riosas y silenciosas, no las reconocen ahora. El mismo Tommy, que en sus vivacs aislados conserva su aire flemático de gentilhomme aburrido, en las calles ruidosas de Béthune, de Lilliers, de Saint-Pol, de Aire, se anima y charla. Hay algo de feria, algo de fiesta, algo de romería, en estas buenas y leales villas guerreras. La viejecita, en cuya tienda nos encontramos buscando tarjetas postales, nos ruega que nos sirvamos nosotros mismos, para dejarla continuar la conversación pintoresca que ha entablado con un grupo de irlandeses.

—Yo no sé inglés y ellos no saben francés — murmura —; pero nos entendemos muy bien.

Y ríe...

La buena voluntad y el buen humor allanan las mayores dificultades. Lo que no puede explicarse con palabras, se expresa por medio de señas. La tragicomedia conviértese muy a menudo en pantomima. De lo que se trata es de no hablar de cosas tristes, de olvidar las miserias de la vida, de vivir, en suma, sin pensar en que puede morir de un momento a otro. Los consejos nietzscheanos sobre la existencia feliz, la gente de la zona militar los pone en práctica por instinto. ¿Dónde, en efecto, se ha vivido nunca más *peligrosamente*? Y, al mismo tiempo, ¿dónde se ha vivido con más intensa alegría?... Cuando uno piensa en París, y en sus preocupaciones, y en sus odios, y en sus sobresaltos, no puede menos de admirar, cual un milagro, el suave regocijo

de la ville par les allemands, puisqu'il n'y avait aucune troupe française ni alliée dans la localité, ni dans ses environs.

Le Maire,
RINQUIN.

»Béthune, le 14 septembre 1916.»

sin nervios de estos pueblos que ven la lucha de cerca, que han sufrido los horrores de la invasión y que, en vez de gritar, sonríen.

—Nuestro pobre Bailleul — nos dice un burgués muy amable que se empeña en acompañarnos para hacernos ver las calles principales del lugar — ha sufrido terriblemente. En otras villas de la comarca, que conservan sus industrias, lo único difícil es encontrar obreros. Aquí, la industria casi no existe. Nuestra riqueza estaba en nuestros ganados, que son los mejores de Francia, y que enriquecían a nuestras familias linajudas, dueñas de las tierras cercanas. Ahora, figúrense ustedes lo que quedará de nuestros rebaños... Verdad es que siempre conservamos nuestras telas y nuestros encajes... Pero eso de los encajes no es sino un entretenimiento de pobres mujeres que se mueren de hambre... ¿Cuánto creen ustedes que gana al día una encajera?... Pues de sesenta a ochenta céntimos... Y hoy, ni eso... ¿Quién compra encajes en tiempo de guerra?... No tenemos suerte..., no hemos tenido nunca suerte... Cuando quisimos, en otro tiempo, rivalizar con Iprès en la fabricación de paños, llegamos tarde... Cuando se nos ocurrió, tres siglos después, imitar a Roubaix y consagrarnos al trabajo de la lana, estuvimos a punto de hacer bancarrota... Últimamente, nuestras uvas, cultivadas en invernaderos, comenzaban a darnos buenos resultados. Y ya ve usted si las Flandes están para uvas...

Nuestro *cicerone* se consuela de todas esas miserias de la existencia haciéndonos notar la animación y la belleza de su ciudad. En la calle del Occidente, al descubrir a lo lejos la torre del Municipio, con su domo altísimo en forma de pera, sus ojos brillan llenos de orgullo. «Es el más hermoso *beffroi* del Norte», nos

dice. En realidad, no es sino una atalaya como otras muchas, más interesante por lo que evoca de recuerdos históricos que por su masa arquitectónica. Varias cosas hay en Bailleul que merecen mayor admiración. «El Museo—asegura la Guía local— es uno de los más ricos del mundo en muebles antiguos, y cualquier capital podría enorgullecerse de poseerlo.» Pero los Museos, en estas regiones, están cerrados.

— ¿Vamos hasta la iglesia de Saint-Waast?— pregunta Fabián Vidal.

Nuestro capitán prefiere que vayamos a cenar, y murmura:

— Se hace tarde... Las iglesias son todas iguales... No sé qué les encuentran ustedes a estos pueblos...

*
**

Lo que les encontramos, además de sus casas viejas, de sus piedras venerables, de sus calles tortuosas y pintorescas, es algo que nos emociona profundamente por lo inesperado. Les encontramos, en medio de la tragedia, una fisonomía risueña, un buen humor inalterable, una resignación animada, una energía serena. Les encontramos un alma heroica, en fin, y por eso sentimos, al alejarnos, que algo de sublime se queda detrás de nosotros.

El soldado inglés juzgado por sí mismo.

Una noche, en Londres, a los postres de un banquete, hablábamos de los grandes literatos ingleses que han escrito sobre la guerra. Hablábamos de Kipling, de Wells, de Madoy Hueffer, de Rempington, de Phylipp Gibbs, y tratábamos de saber cuáles eran las obras que un extranjero, ávido de sondear el misterio trágico del pueblo británico, podía encontrar la mejor fuente de datos exactos.

— Lea usted el libro de Gibbs — me dijo un periodista —. Gibbs es el que más ha visto, el que más ha sentido la guerra... Desde el primer día se halla en el frente, y sus páginas han sido escritas bajo la metralla...

Entonces, un viejo militar que durante toda la cena no había despegado los labios, exclamó:

— Gibbs... Kipling... Wells... eso es literatura... Entre nosotros no hay más que un hombre que ha dicho la verdad en todo su esplendor y en todo su horror... Ese hombre se llama Tommy... Lea usted las cartas de los soldados, en efecto. Ahí es donde está el alma de nuestra raza... Los tomos magníficos desaparecerán... Esas cartas, no... Esas cartas son como el romancero de nuestra epopeya...

*
**